

EL MANIFIESTO COMUNISTA DE 1848

VALENTIN MEDEL ORTEGA

LAS Revoluciones inglesa primero, y francesa después, destruyeron las bases sobre las que se mantenía el Antiguo Régimen. La Revolución Industrial, que había comenzado en Inglaterra en el siglo XVIII, alteró profundamente las relaciones de producción imperantes al introducir una economía de tipo capitalista en la que la producción para el mercado se convirtió en la palanca que había de transformar el mundo. Las profundas modificaciones introducidas, tanto en la industria como en los transportes, permitiría la producción de manufacturas en gran escala y, sobre todo, superar el concepto de mercado nacional. Para el capitalismo, el mundo entero empezó a transformarse en un inmenso mercado.

El único problema que se planteaba era el del reclutamiento de la suficiente mano de obra. Sin embargo, fue rápidamente resuelto gracias a las emigraciones campesinas. Masas de campesinos se volcaban hacia las ciudades en busca de un trabajo que en el campo les era negado debido a la utilización de

nuevas técnicas que hacían innecesario su concurso. De todas formas, la avidez de brazos por la industria haría que fueran empleados en la misma tanto las mujeres como los niños; a todos era necesario sacrificarlos ante el nuevo «moloch».

Por otro lado, la Revolución Francesa introduciría y exportaría a toda Europa a través de sus ejércitos revolucionarios, y sobre todo de su ejemplo, las nuevas nociones de libertad e igualdad entre todos los hombres. No obstante, la «igualdad» que fue, en general, rápidamente aceptada por todos los gobiernos, se vio pronto que quedaba relegada al terreno jurídico, el gran refugio de la burguesía.

Dado el poco desarrollo del capitalismo y, consiguientemente, del proletariado en la primera mitad del siglo XIX, los primeros en oponerse fueron los elementos pertenecientes a la clase dominante que pretendieron la reforma de la sociedad en base a argumentos morales y a apelaciones a los gobiernos. reformadores que serían encuadrados por Engels como pertenecientes

a la etapa del socialismo utópico. Lógicamente, surgieron allí donde las contradicciones eran más evidentes: Godwin y Owen en Inglaterra y Proudhon y Fourier en Francia.

Sin embargo en Alemania, cuyo atraso con respecto a Francia o Inglaterra en el terreno industrial era evidente, se había formado en 1847 la Liga de los Comunistas, heredera de la malograda Liga de los Justicieros deshecha tras el fracaso de la conspiración contra Luis Felipe de Blanqui a la que se había unido, y por cuyo motivo sus dirigentes hubieron de trasladarse a Inglaterra donde se organizarían en la Asociación de Cultura Obrera, dada la prohibición de fundar asociaciones obreras, con ramificaciones en París y Suiza.

La nueva situación creada hará que la Liga sienta la necesidad de plasmar en un documento su pensamiento, pensamiento por otra parte que ya está radicalmente alejado de las primitivas degeneraciones utópicas. De la redacción del mismo fueron encargados Marx y Engels en noviembre de 1847.

Manifest

der

Kommunistischen Partei.

Veröffentlicht im Februar 1848.

Proletarier aller Länder vereinigt euch.

London.

Gedruckt in der Office der „Bildungs-Gesellschaft für Arbeiter“

von J. G. Burghard.

46, LIVERPOOL STREET, BISHOPSGATE.



AUNQUE REDACTADO EXCLUSIVAMENTE POR MARX, EL «MANIFIESTO COMUNISTA» FUE OBRA CONJUNTA DEL AUTOR DE «EL CAPITAL» Y DE ENGELS. EN EL GRABADO DE VANETSIAE VEMOS A AMBOS EN PARÍS, RODEADOS DE CORRELIGIONARIOS, EN EL OTOÑO DE 1844.

EN el mes de febrero de 1848 aparecería por fin la primera edición del **Manifiesto Comunista** (1), que si bien había sido redactado exclusivamente por Marx era obra conjunta de ambos, y del que hoy son incontables las ediciones ya que, prácticamente, ha sido traducido a todos los idiomas y en todos los países. Manifiesto en el que aparece por primera vez toda una teoría científica al servicio del proletariado que, aunque precede en breve tiempo a la ola revolucionaria de 1848, «(no) tuvo gran influencia sobre aquella generación de revolucionarios; de hecho pasó casi desapercibido en medio de la excitación general y la segunda edición tuvo que esperar hasta 1872, fecha en la que Marx ya había adquirido notoriedad pública a raíz de una convulsión sobre la que no había tenido ningún control: la Comuna de París de 1872» (2).

(1) C. Marx y F. Engels. «El Manifiesto Comunista». Editorial Ayuso, Madrid, 1975. Contiene una introducción de W. Roces y notas de D. Riazanoff.

(2) G. Lichtheim. «Breve historia del Socialismo». Alianza Edit. pp. 100.

La idea fundamental del documento, resumida por Engels en el prólogo a la edición alemana de 1883, es que la historia de la humanidad ha sido siempre una historia de lucha de clases, lucha entre clases opresoras y oprimidas, entre explotados y explotadores, con las características correspondientes a cada formación social. Sin embargo y sin caer en mecanicismos o determinismos, que son ajenos totalmente al marxismo, el Manifiesto Comunista alumbra la buena nueva del fin de la explotación del hombre por el hombre ya que la emancipación del proletariado traerá consigo la emancipación total de la humanidad.

Para Proudhon la propiedad es un robo. Marx y Engels profundizan mucho más en el tema. Ante las acusaciones de que los comunistas pretenden abolir la propiedad privada, Marx y Engels señalan en el Manifiesto cómo esta abolición es innecesaria, ya que este tipo de propiedad está siendo destruido por el sistema capitalista al ir concentrando la propiedad en unas pocas manos; lo que se deberá hacer es abolir el régimen de propiedad burgués que conduce a esto, lo mismo que se

deberá destruir todo el entramado socio-político que este tipo de propiedad ha establecido.

El Manifiesto es un programa dirigido contra la burguesía, tal y como estaba establecida ésta en 1850 en Alemania, y no podía ser de otro modo ya que, como señala Mao, «Marx en la época de la libre competencia del capitalismo no pudo conocer concretamente por adelantado algunas leyes propias del imperialismo, ya que el imperialismo fase última del capitalismo, no había aparecido aún, y faltaba la práctica correspondiente» (3). A pesar de ello, convendría preguntarse: ¿El Manifiesto es hoy, en términos generales, un documento válido para la acción? O, por el contrario, ¿ha de considerarse como un simple documento histórico? Vamos a intentar responder a este interrogante por dos vías distintas, pero entendemos que complementarias. La primera será la de examinar el Manifiesto para ver si las metas que propone han sido ya alcanzadas, para después pasar a analizar el grado en que las distintas agrupaciones políticas, con base marxista, hacen suyas, tanto en el terreno de los programas como en el de la praxis, las premisas contenidas en él.

El Manifiesto es fruto de la ruptura que se produce en 1845 en Marx con toda teoría que funde la historia y la política en la esencia del hombre.

Según Althusser (4), esta ruptura comporta tres aspectos teóricos indisociables:

- a) *Formación de una teoría de la historia y de la política fundada en conceptos radicalmente nuevos: los conceptos de formación social, fuerzas productivas, relaciones de producción, superestructura, ideologías, determinación en última instancia por la economía, determinación específica de otros niveles, etc.*
- b) *Crítica radical de las pretensiones teóricas de todo humanismo filosófico.*
- c) *Definición del humanismo como ideología.*

EL PROGRAMA INCUMPLIDO

El Manifiesto, ya lo vimos anteriormente, demuestra cómo el desarrollo de la historia se realiza a través de la lucha de clases, lucha entre los explotados y explotadores; pues bien, una simple mirada al mundo que nos rodea nos podrá demostrar cómo el capitalismo no ha podido, lógicamente,

conseguir superar esta contradicción, ya que si bien el aumento de la producción y la presión que han ejercido las masas obreras ha hecho que la distribución de la riqueza haya mejorado cuantitativamente, evitando esa pauperización progresiva de las clases populares que podía augurarse en el pasado siglo, cualitativamente las diferencias han aumentado, y es que nunca como hoy, en que la mayoría de los países industrializados cuentan con un capitalismo monopolista de Estado, ha sido tan cierto lo que afirmaban los autores del Manifiesto en 1848: «El poder público viene a ser, pura y simplemente, el Consejo de Administración que rige los intereses colectivos de la clase burguesa» (5).

A su vez el obrero sigue teniendo que vender su fuerza de trabajo en el mercado al mejor postor (y eso cuando lo hay) en competencia cada vez mayor, ya que la clase obrera se ve incrementada continuamente con individuos que, pertenecientes a la pequeña y media burguesía, son desplazados por la gran burguesía monopolista, aún cuando respecto a éstos en muchos casos siga teniendo vigencia el Manifiesto, que nos señala que no son, pues, revolucionarios, sino conservadores. Más todavía, reaccionarios, pues pretenden volver atrás la rueda de la historia (6).

Para Garaudy, la superación de las contradicciones capitalistas pretendida por los teóricos o economistas, como Keynes con sus teorías o Rostov con su «Manifiesto anticomunista», ha sido un auténtico fracaso. Que la autosuperación de las contradicciones no se ha llevado a cabo es evidente. Primero, la inflación ha impedido mantener el pleno empleo y una tasa alta de crecimiento; para frenarla, el único recurso encontrado ha sido bloquear los precios y salarios. Segundo, hay una crisis permanente del sistema monetario internacional. Y tercero (aunque no último), la distancia entre países subdesarrollados y países ricos no ha disminuido; al revés, no cesa de aumentar.

Una de las ideas claves del Manifiesto, que no olvidemos es «sólo» un programa teórico y práctico de un partido que se mueve ante una sociedad concreta, y sobre todo en un contexto histórico dado, es la de la internacionalidad del movimiento obrero. Esta es una aspiración que Marx y Engels sitúan como objetivo primordial y que tardará en ser retomada por otro de los grandes líderes del proletariado, Lenin. Dicho internacionalismo les hará superar sus propias fronteras nacionales, ya que su objetivo es común allí

(3) Mao Tse Tung. «Cuatro Tesis filosóficas». Edit. Anagrama. pp. 13.

(4) L. Althusser y otros «Polémica sobre Marxismo y humanismo». Siglo XXI, Editores. México, 1968. pp. 12.

(5) «Manifiesto». pp. 72.

(6) «Manifiesto». pp. 83.

donde se encuentran: la lucha contra la burguesía y su régimen de propiedad.

Por último y aunque creemos que se podrían multiplicar los ejemplos para demostrar la validez actual de la obra, señalemos los peligros, denunciados por Marx en el Manifiesto, que corre la clase obrera de ser desviada de sus auténticas metas por los cantos de sirena del «socialismo burgués», que pretende ahuyentar a la clase obrera de todo movimiento revolucionario haciéndole ver que lo que a ella le interesa no son tales o cuales cambios políticos, sino simplemente determinadas mejoras en las condiciones materiales y económicas de su vida (7).

EL MANIFIESTO Y LOS PARTIDOS POLITICOS

El término «comunista» que, como vimos, daba nombre a la Liga de los Comunistas en 1848, sería prácticamente ignorado por las organizaciones obreras hasta que Lenin lo reivindicara para su partido, y esto justamente para diferenciarse de los partidos socialistas que habían demostrado un claro abandono de los ideales y se habían pasado, prácticamente en bloque, al campo del reformismo. Y es que, ayer como hoy, el socialismo es un término culto y perfectamente asimilado por la burguesía, ya que pocos políticos conscientes repudian el término. No así el de comunismo, que es considerado como una peste plebeya contra el que todo es lícito. Y conste que esta observación ya la hizo Engels en 1890 en el prólogo a la 3.^a edición alemana del Manifiesto: si el «socialismo» designaba un movimiento burgués, el «comunismo» un movimiento obrero. Sin embargo, todos los partidos obreros, y no todos eran reformistas, durante el período de tiempo comprendido por las dos primeras Internacionales mantuvieron unívocamente esta denominación, quizá porque la aceptación plena de los postulados mantenidos en el Manifiesto sólo podía darse cuando la clase obrera alcanzara un determinado nivel de desarrollo.

El 28 de septiembre de 1864, tuvo lugar en Londres la primera reunión de la Asociación Internacional de Trabajadores, a la que asistiría Marx como representante del proletariado alemán. Encargado de redactar los estatutos y el memorial fundacional (8), tendría que «dulcificar las ideas expuestas anteriormente con el fin de hacerlas aceptables a todos los reunidos». Sin embargo, si

serían recogidas las ideas fundamentales: necesidad de acabar con la dominación clasista, constatación de que la propiedad privada de los medios de producción es la fuente de la esclavitud del proletariado y, sobre todo, la necesidad de superar nacionalismos, ya que **«la emancipación de la clase obrera no es una tarea local ni nacional sino social, que abarca a todos los países en los que existe la sociedad moderna y cuya solución depende de la cooperación práctica y teórica de los países más avanzados»** (9), internacionalismo que encaja perfectamente con el lema del Manifiesto: **«Proletarios de todos los países, uníos»**.

Tan sólo la propia existencia de las Internacionales, en cuanto éstas suponían que al fin el Movimiento Obrero iba a contar con una organización capaz de establecer una estrategia global, ya podemos estimarla como un triunfo del internacionalismo propugnado por Marx y Engels.

La 1.^a Internacional tuvo que enfrentarse, prácticamente desde el principio, con una teoría distinta de la lucha obrera como sería el anarquismo, propugnado por Mihail Bakunin. Enfrentamiento que terminaría con la salida de la Internacional de los anti-autoritarios para pasar a su propia organización. Los apolíticos se agruparon en la Alianza Democrática Socialista. Dentro de la asociación y correspondiendo al distinto desarrollo de las formaciones sociales en ella agrupadas, se enfrentaron dos concepciones distintas de la forma en que el proletariado debía destruir el Estado, extremo en el que ambas coincidían. De un lado, el núcleo agrupado alrededor de Marx, para el que el único modo de destruir al Estado era que la clase obrera accediese al poder político; es decir, se pretendía la destrucción desde dentro y, para ello, las fuerzas obreras debían entrar en el «juego» político, aspirar a «tomar» este poder. Enfrente se situarían los núcleos seguidores de Bakunin que —una vez constatado que el poder político es fuente de corrupción— consideraban aberrante cualquier forma de aproximación a él. En definitiva, se trataba de saber si la nueva sociedad que saliese de la Revolución había de ser organizada de abajo arriba, como sugerían los anarquistas, o si, por el contrario, la nueva organización debía ser impuesta desde la cúspide. De aquí los apelativos con que ambos grupos se señalaban: autoritarios y anti-autoritarios, o políticos y apolíticos.

Tras el enfrentamiento entre Alemania y Francia en 1871, la necesidad de reconciliar a la clase obrera de ambos países llevaría, después de grandes esfuerzos, a la creación en 1889 de la II

(7) «Manifiesto», pp. 104.

(8) W. Abendroth. «Historia Social del Movimiento Obrero». Ediciones de Bolsillo n.º 7. Edit. Estela, Barcelona, 1970, pp.39.

(9) Idem.

Internacional, organización eminentemente europea, aunque en sus congresos figurara un contingente sustancial de norteamericanos y algunos delegados de Latinoamérica y Japón (10).

La experiencia acumulada por los líderes obreros les llevo bien pronto, en 1896, a eliminar el peligro de enzarzarse en continuas discusiones teóricas y, para ello, se decidió que en adelante sólo participarían aquellas organizaciones que aceptasen la transformación del orden capitalista de producción y propiedad, así como la participación en la actividad parlamentaria.

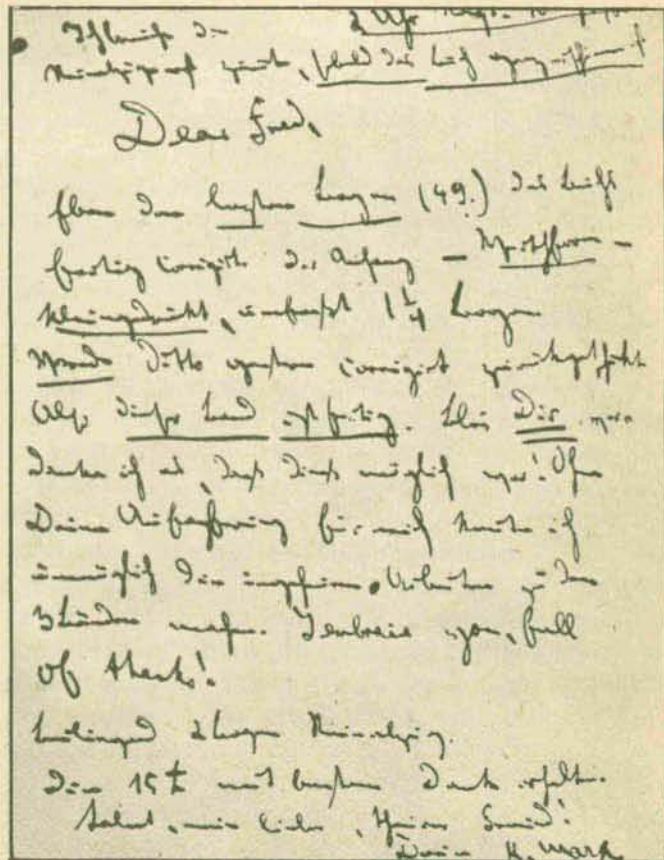
Sin embargo, el país en el que Marx había puesto más esperanzas de poder conseguir el acceso al poder del proletariado y la destrucción del «orden» burgués, Alemania, sería la cuna de los teóricos de una nueva mentalidad de entender la lucha obrera. En efecto, en Alemania el capitalismo de libre competencia tuvo que hacer frente al nuevo capitalismo de tipo oligárquico y expansionista. Capitalismo que podía elevar el nivel de vida de sus obreros metropolitanos mediante la distribución de parte de la plus-valía obtenida en las colonias.

La chispa determinante que llevaría a escindirse al Movimiento Obrero de base marxista, y que, por tanto, al menos en teoría reivindicaba para sí el contenido del Manifiesto, sería menos la postura de la socialdemocracia alemana, chauvinista a ultranza, en el sentido de votar los créditos que harían posible una guerra imperialista, producto y necesidad de la fase superior por la que atravesaba el capitalismo, que el triunfo de la Revolución Rusa de 1917 y, sobre todo, la creación de la tercera Internacional con sus 21 condiciones de aceptación y **cumplimiento** obligatorio.

Por un lado, quedarían los partidos socialistas, cuyo máximo teórico en este momento y siguiendo la escuela de Lasalle primero, y Bernstein después, será Kautski. A partir de ahora y con la aparición del «socialismo democrático», se produce un auténtico foso, práctico y teórico, entre las filas de los pretendidos seguidores de Marx. Los postulados mantenidos en el Manifiesto no sólo no se tratan de llevar a la práctica sino que son «teóricamente» rechazados. Según Ebenstein (11), el objetivo de la revolución y la conquista mundiales viola la doctrina de Marx de que las condiciones de existencia del hombre determinan su consciencia y el cambio social, por lo que no es el producto de la mera voluntad y de la libre elec-

(10) Lichtheim, 295

(11) W. Ebenstein. «Los grandes pensadores políticos». Edit. Revista de Occidente, Madrid, sin fecha, pp. 907.



CARTA DE MARX A ENGELS, FECHADA EL 16 DE AGOSTO DE 1867. EN ELLA, EL PRIMERO AGRADECE A SU AMIGO LA AYUDA QUE LE PRESTARA PARA LA ELABORACION DE «EL CAPITAL». LA COLABORACION ENTRE AMBOS TUVO DECISIVOS RESULTADOS.

ción. Consecuentemente, la socialdemocracia, instalada en países con un capitalismo avanzado, entiende que el cambio estará en virtud de la raigambre que tengan en cada lugar las instituciones democráticas. Así, diferencia entre capitalismo democrático, que permitiría un «tránsito pacífico», y capitalismo fascista. Si el Manifiesto propugna un camino unívoco (Capitalismo - Revolución - Comunismo), la socialdemocracia aboga por un esquema que, arrancando de un capitalismo «predominante», a través de una reforma en «periodo gradual» nos llevará a una economía socializada «predominantemente».

Para Kautski, la sociedad burguesa evolucionada permite al proletariado su integración sin contradicciones importantes. Lo fundamental ahora será que el proletariado, organizado en un Sindicato fuerte, luche dentro de un campo exclusivamente reivindicativo por pequeñas mejoras. A su vez, parte de ese proletariado, aglutinado en el Partido, intervendrá en colaboración con las otras clases en todos los organismos del Estado, con el fin de ir produciendo la legislación social más avanzada posible, pero sin que se trate en ningún momento de encauzar las fuerzas obreras hacia esa Revolución más o menos violenta que postula el Manifiesto, ya que —como señala Marx en su crítica al programa de Gotha para combatir las ideas lasallianas introducidas en la social-democracia ale-

mana— «la organización socialista de todo el trabajo (propuesta) no resulta del proceso revolucionario de transformación de la sociedad, sino que surge de la ayuda del Estado».

Kautski rechaza por innecesarias la revolución y la dictadura del proletariado como vía al socialismo, ya que —según sus premisas— al haber aceptado el sufragio universal la burguesía había sido derrotada «ya» por el proletariado.

En definitiva, el Estado ha pasado de ser la superestructura al servicio de las clases dominantes, a ser un «ente» autónomo, superador de diferencias y al cual los trabajadores pueden acudir en busca de apoyo. Como vemos y sin querer señalar más concomitancias que las que realmente existen, esta concepción del Estado sería ampliamente desarrollada por el fascismo, en su pretensión de moderador imparcial, ya que en el fondo y aunque siguieron lógicamente caminos distintos, porque distintos eran sus objetivos, ambos no pasan de ser concepciones pequeño-burguesas que, incapaces de enfrentarse al problema de su erosión, buscan la potenciación de un organismo tutelar.

Para Lenin, en su artículo «Marxismo y Revisiónismo», publicado en 1908 y refiriéndose por tanto a Bernstein y su escuela, «el revisionismo intentó revisar lo que realmente constituye la base del marxismo, o sea, la teoría de la lucha de clases. La libertad política, la democracia, el sufragio universal destruyen la base para la lucha de clases —nos decían los revisionistas— y dan un mentís a la vieja tesis del Manifiesto Comunista de que los obreros no tienen patria. Puesto que en la democracia impera la voluntad de la mayoría, no debemos ver en el Estado, según ellos, el órgano de la denominación de clase, ni negarnos a hacer alianzas con la burguesía progresista, socialreformista, contra los reaccionarios» (12).

Sin embargo, la llama del Manifiesto no se perdería, ya que sería recogida por la tercera Internacional y los partidos comunistas integrados en la misma. Para ello y como primera medida, ante el desprestigio del término socialista, vuelven a los orígenes y retoman el término de **comunistas**, designación casi obligatoria para todos los partidos afiliados. Y a su vez, se potencia el internacionalismo. Los partidos comunistas deberán no sólo demostrar una cohesión aparente, como ocurría en las otras Internacionales, sino que su internacionalismo ha de ser militante y organizado, y de ahí el establecimiento de unas normas de obligada aceptación. Frente al reformismo, la revolu-

ción proletaria; frente a la integración en la máquina estatal, la potenciación de la lucha que acabe con el estado burgués.

El impulso teórico dado por Lenin, así como la imagen del primer país en que triunfó el Movimiento Obrero, conseguiría que —en todos o casi todos los países— grupos minoritarios, aunque por lo general los más lucidos y combativos, hicieran revivir el ideal perdido y pretendiesen la implantación de la dictadura revolucionaria del proletariado, único modo (según los esquemas marxistas) de hacer posible el proceso de transformación de la sociedad capitalista en socialista. Justamente esta «dictadura» fue una de las armas usadas tanto por los gobiernos como por los partidos socialistas contra los núcleos comunistas, olvidándose que tanto el término como el proceso no eran ninguna novedad, sino algo que encontramos en numerosas obras de Marx.

No obstante, las divisiones no se acabarían aquí. La situación por la que atravesaba Rusia (bloqueo, guerra civil, economía destrozada, etc.) así como la temprana muerte de Lenin, motivó que surgieran nuevas concepciones de cómo llevar a la práctica la doctrina del Manifiesto) el caballo de batalla volvió a ser, entonces, el internacionalismo. Para Stalin, las condiciones objetivas señalaban como único camino a seguir, tras el fracaso de la continuamente esperada revolución alemana, la subordinación del Movimiento Comunista a la consolidación de la patria socialista, es decir a la U. R. S. S., según señaló en su obra «El socialismo en un sólo país». Enfrente se situaría Trotski con su «Revolución permanente»: la revolución socialista sólo sería posible si se extendía como una llamarada de un país a otro.

Según Garaudy (13), los objetivos que debe perseguir la Revolución para llegar a la patria socialista son: la unidad sindical, la unión de las fuerzas provenientes del trabajo y de la cultura, los consejos obreros y la huelga general como recurso crítico y esencial del paso hacia el socialismo. Pero, ¿cuál ha de ser este socialismo? El de autogestión, definido claramente por Marx: «Una sociedad en que la libre expansión de cada uno sea la condición de la libre expansión de todos». Aunque el propio Garaudy aclara que este socialismo no deberá ser entendido desde perspectivas proudhonianas, propias de una sociedad de artesanos, sino dentro de las condiciones de otra sociedad caracterizada hoy por la constante mutación científica y técnica que se trata de encauzar.

Aunque Garaudy sigue considerando que la abo-

(12) V. I. Lenin. «Carlos Marx: Breve esbozo biográfico y otros artículos». Cuadernos Anagrama. Barcelona, 1974. pp. 89.

(13) Roger Garaudy. «La Alternativa». Edicusa, Madrid, 1973.



«LA HISTORIA DE LA HUMANIDAD HA SIDO SIEMPRE UNA HISTORIA DE LUCHA DE CLASES, OPRESORAS Y OPRIMIDAS, ENTRE EXPLOTADORES Y EXPLOTADOS», ESCRIBIRIA ENGELS EN SU PROLOGO A LA EDICION ALEMANA DEL «MANIFIESTO COMUNISTA». EL DIBUJO DE MINKOV Y ROMANOV LE RECOGE (A LA DERECHA) CON MARX (EN EL CENTRO), HABLANDO CON LOS «DOCKERS» DEL PUERTO DE LONDRES.

lición del régimen de propiedad privada constituye una «conditio sine qua non» de la revolución pendiente (y aquí volvemos a encontrarnos con la doctrina incumplida del Manifiesto), tal condición no es suficiente, con lo que enmarcamos de nuevo el problema en su ámbito internacionalista, ya que Garaudy, indirectamente, está rechazando una de las formas predominantes del socialismo de hoy, es decir, la situación de «capitalismo de Estado» a que al parecer han llegado los países del bloque socialista. Para el teórico francés, el problema consiste en que el mayor mal que proviene hoy de la sociedad burguesa no es la pauperización, sino la alienación. A partir de ahí, estima que —en el caso concreto de Francia— la democracia socialista no tiene sentido como destrucción de la democracia burguesa, sino como «superación» de la misma.

Si, como vemos, en el campo comunista se está intentando encontrar nuevas vías hacia el socialismo, en el campo de la social-democracia los intentos siguen confluyendo en la línea del reformismo, aunque haya algo de común en ambos movimientos como es su propio enfrentamiento.

Para socialdemócratas como Willy Brandts (14), el

estado liberal es la forma superior existente hoy, y merece el apoyo de todos los socialdemócratas. En todo caso, «es muy superior al comunismo y supera también al comunismo evolucionado». En definitiva, este apoyo viene no tanto de su propia creencia en este Estado, como de la necesidad de encontrar apoyo en las fuerzas anticomunistas, dado que «hoy día no se puede ser demócrata sin ser anticomunista».

Dada la pérdida de «agresividad» comunista, los partidos socialistas se ven forzados a girar más a la derecha, en busca de una clientela electoral que les es disputada tanto por la derecha como por la izquierda. Este continuo giro hace que, en su mayoría, los postulados del Manifiesto hayan sido desechados y cuando, por lo general, por presiones de sus juventudes tengan que hacer referencia a los mismos, se vayan mixtificando en gran medida. Como ejemplo podríamos señalar, por lo claro, el caso del Partido Socialista Portugués. A raíz del 25 de abril de 1974, en su programa se señalaba que una de las metas a lograr era la implantación de la patria socialista y se indicaban modelos como Cuba, Vietnam, etc. Pues bien, en el nuevo programa redactado antes de las elecciones legislativas, aunque se sigue manteniendo el «principio», se ha eliminado toda referencia a ejemplos concretos que pudieran asustar a ciertas capas electorales. ■ V. M. O.

(14) W. Brandt «La política de la Paz». Dopesa, Barcelona, 1972.